

Juventud, desigualdad y violencia, un balance de la condición de vulnerabilidad

JOSÉ LUIS CISNEROS*

CADA AÑO CIENTOS DE JÓVENES SE INTEGRAN a la vida ilegal, muchos viven y mueren en condiciones de precariedad y pobreza, otros más optan por el camino de la ilegalidad como única opción de futuro, son jóvenes a quienes la sociedad y nuestras instituciones les negaron una esperanza, jóvenes condenados a un futuro sin desarrollo social; un tanto como resultado de la falta de políticas públicas acordes con sus necesidades, otro tanto como resultado de las intensas transformaciones que se viven en la sociedad contemporánea, la falta de empleo digno y bien remunerado, educación, seguridad, servicios de salud y una sociedad más justa.

Palabras clave: joven, violencia estructural, futuro, ilegalidad, justicia.

EACH YEAR HUNDREDS OF YOUNG PEOPLE ARE INTEGRATED into illegal life, many live and die in conditions of precariousness and poverty, others choose the path of illegality as the only option for the future, they are young people that society and our institutions denied a hope, young people condemned to a future without hope and social development, somewhat as a result of the lack of public policies according to their needs, as a result of the profound changes that are experienced in contemporary society, lack of decent employment and well-paid, education, security, health services and a more just society.

Key words: Youth, structural violence, future, illegality, justice.

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales, División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco.

Cuando veo el horror sin fondo de lo que los hombres pueden hacer a otros hombres, tengo vergüenza de ser hombre, valdría mejor ser piedra.

GÜNTHER ANDERS

Introducción

No sé si tengamos que asombrarnos de la condición social que hoy viven los jóvenes, de sus formas violentas de respuesta, de su desinterés por cuestionarse problemas que a todos atañen, o de la falta de futuro que ellos perciben y que la sociedad les muestra constantemente con el desempleo, la carencia de servicios básicos de salud, educación, seguridad y recreación. Lo ideal sería que todos tuviesen un futuro asegurado, donde no hubiera ni violación de derechos básicos para su desarrollo ni violencia, y donde todos tuvieran una vida apacible y un futuro promisorio. En lugar de ello, a decir verdad, la vida de los jóvenes está siempre relacionada con las crisis económicas, sociales, culturales y políticas.

Desde hace décadas, México vive un contexto socioeconómico de crisis, el cual parece ser constante, lo cual hace suponer que esta situación es una referencia promotora que se refleja en la violencia actual, así como en la recurrente violación de los derechos humanos de miles de jóvenes que terminan degradados por un sistema social conflictivo y perjudicial.

En consecuencia, pensar la sociedad contemporánea sin la violación de los derechos fundamentales no es una empresa fácil, sobre todo porque hoy más que en otros tiempos la complejidad que vivimos nos obliga a entenderla, no como un todo articulado, sino como un desagregado que nos exige recorrerla desde visiones diferentes; las cuales pueden emerger como discusiones vinculadas con la política, la economía, la cultura, la tecnología y la violencia desde luego, todas dimensiones donde el ultraje a los derechos del ser humano está presente. En cualquier recorrido que hagamos por los ductos de las relaciones sociales siempre será fácil advertir que la matriz general de socialización se halla intrincada simultáneamente por las diferentes dimensiones sociales en las que trasgredimos y

se trasgreden nuestros derechos más elementales, e incluso al interior de nuestras propias relaciones sentimentales.

Los jóvenes y las consecuencias del desamparo social y afectivo

No importa si se trata de una práctica cultural, un espectáculo de televisión, un torneo o la elección de una carrera profesional, al final encontramos que nuestras relaciones sociales se encuentran mediadas de manera extraeconómica, sin un ápice de conciencia social, donde los cuerpos se vuelven dóciles y autómatas; siempre se trata de un contexto paradójico, en donde los jóvenes están, por un lado, privados de valores humanos y de referentes estructurales y, por el otro, forzados a ratificar referentes catalogados como obsoletos que hacen a un lado el sentido de lo humano, en tanto que son guiados por el principio de la ganancia, el beneficio personal y el exacerbado individualismo.

Esta subjetividad, al relacionarnos, hace pensar que en nuestras sociedades contemporáneas el Estado-nación se diluye. En estos desvanecimientos, la escuela, la familia y las militancias religiosas entran en una suerte de crisis, en la que el sujeto queda atrapado en un abismo de hiperconsumo que le arrebató la voz, y junto con ello lo inscribe en dinámicas sociales de violencia que radicalizan su comportamiento y su pensamiento. Esta violencia no sólo es simbólica, también es violencia física que utilizan como herramienta para alcanzar sus objetivos.

Dicha violencia es desencadenada, en gran medida, por una desigualdad social que prevalece no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo occidental. Sin duda, esto ha desatado una preocupación global por instaurar el orden y la armonía necesarios para reivindicar la estabilidad de nuestras sociedades. Tal preocupación surge, sobre todo, porque los factores que afectan los vínculos sociales ya no vienen de fuera, sino que se generan dentro de nuestros núcleos de socialización. Me refiero a los miles de jóvenes, hombres y mujeres, que se sienten atraídos por ideas radicales y extremas; que están dispuestos a ser artífices de cualquier propósito para usar la violencia y castigar a los que consideran promotores de sus desesperanzas. Por ejemplo, en nuestras cárceles se encuentran 248 mil sujetos internos, de los cuales 4.8% es población femenina y el resto masculina. De esta población, 70% son jóvenes de entre 18 y 35 años, y

seis de cada 10 delitos son considerados del fuero común, es decir, no graves. Esto demuestra que el sector juvenil es el más vulnerable ante el problema de la criminalidad. Se trata de jóvenes que no cuentan con empleo ni con la posibilidad de acceder a una institución educativa, ya sea por la poca accesibilidad a ésta o por las condiciones económicas precarias en que viven.¹

Cuando se cuestiona la condición de vulnerabilidad de las juventudes, en paralelo se hace lo mismo con la política social del Estado y las debilidades de aquellas instituciones cuya función es regular y controlar la vida social de los jóvenes: la escuela, la familia y los medios de comunicación, los cuales deberían funcionar como un soporte de garantía en la formación de lazos identitarios que aseguren la construcción de ciudadanos y seres humanos plenos.

Estas instituciones, en principio, deberían ser el proceso de contención y sanción pedagógica que imprima la formación de habilidades y capacidades para desarrollarse económica y socialmente como parte de la población; sin embargo, éstas se han desvanecido, permitiendo así que, en ocasiones, se impongan como única vía las conductas delictivas de niños, jóvenes y adolescentes. Entonces, lo que prevalece es la expresión de un individualismo que se nutre con la consumación de acciones desviadas que son potenciadas por la pérdida de valores, la carencia afectiva, la desintegración social y la falta de una normatividad judicial y familiar efectiva. Además, debemos subrayar la conexión entre pobreza y delincuencia, alimentada por la insatisfacción de necesidades básicas, así como por la presencia de las llamadas familias disfuncionales, las cuales en su mayoría están marcadas por la ausencia de la figura paterna; la focalización de la socialización en las madres; la sobrecarga de obligaciones, y la ambivalencia en la figura protectora, provocando así que los grupos de amigos o la adhesión a pandillas o grupos delictivos tomen por relevo la función de protección (Palacios, 2011:15).

Evidentemente estos grupos, además de ocupar el tiempo libre de muchos, les son de utilidad para encontrar una solución simbólica al vacío

1. Reporte de 2015 del Sistema Nacional de Seguridad Pública [<http://secretariadoejecutivo.gob.mx/incidencia-delictiva/incidencia-delictiva-fuero-comun.php>].

afectivo que impera en sus hogares. De esta manera, la amistad y solidaridad que les proporcionan otros jóvenes –los cuales están más o menos en las mismas condiciones– se convierte en un mecanismo, primero, para vencer la soledad, y después, para encontrar reconocimiento y fortalecer su autoestima. Desgraciadamente estos grupos, en donde la demanda de convivencia y el tiempo “libre” son fundamentales, los incitan a desarrollar comportamientos delictivos y a constituir grupos o bandas criminales organizadas. Así, su futuro promisorio se cancela y su vida se anula por el alto grado de violencia al que están expuestos debido a su cercanía con las drogas o por su desencuentro con las prisiones.

En este sentido, el contexto en el que se desenvuelven muchos jóvenes de nuestro país es complejo y con diversos matices; y no son circunstancias nuevas, pero la condición de miles de niños y jóvenes, de hombres y mujeres, que se encuentran en condiciones de vulnerabilidad, lo hace un tema de difícil tratamiento, sobre todo porque en los últimos años ha proliferado una gran cantidad de grupos delictivos, con manifestaciones de extrema violencia, bien estructurada y jerarquizada en niveles territoriales, los cuales se relacionan directamente con hechos criminales en los que los jóvenes son los principales actores.

Es importante mencionar que también existen grupos, por decirlo de algún modo, un tanto menos organizados que más bien funcionan como “espacios de reunión”, principalmente para el consumo de drogas. La mayoría de los jóvenes que los integran se caracterizan por mantener un débil vínculo institucional; por ejemplo, con muchos tropiezos continúan estudiando, o bien, se ocupan parcialmente en un trabajo precario, o están desempleados. Otro aspecto que caracteriza su condición es sin duda que tienen una vida escolar atravesada por múltiples complicaciones, algunas de orden económico, otras obedecen a la falta de motivación, un tanto porque la escuela no cubre las expectativas de los jóvenes, otro porque muchos profesores no se esfuerzan por motivar y garantizar la permanencia de estos jóvenes en las escuelas.

Esta semana la maestra de historia citó a la madre del Sugus para darle a conocer los cargos que en la secundaria se han acumulado contra su hijo de trece años.

—No es malo su hijo señora, pero no cumple con las tareas; el primer bimestre aprobó con 6 de calificación; el segundo le di dos puntos porque medio participó con un tema y apenas logró un 6 nuevamente. Pero cada vez es más rebelde y

distrae a sus compañeros. Procure que resuelva el cuaderno de ejercicios, que se regularice con las visitas a los museos que les pedí, y que me entregue el cuaderno de apuntes o no tendrá derecho a examen de regularización.

—Ay maestra, qué le digo: diario madrugamos para que llegue a tiempo a la escuela, y diario llegamos con retraso. El transporte está infame, los embotellamientos, ni se diga. Y le juro que el chamaco estudia, le encanta todo lo que tiene qué ver con los griegos y los romanos, con los dioses y semidioses de la antigüedad; me pidió, y con sacrificios pude comprarle un diccionario de etimologías griegas y latinas, y casi termina de leer *La Odisea*. Pero dice que la escuela le aburre, y ya no quiere venir. Dígame, ¿qué haré con él en casa, solo, con tanto vago en la calle? Le digo que cumpla con la escuela, que papelito habla y que si no logra un buen promedio, no podrá entrar a un bachillerato en la UNAM.

—Pues insístale señora y oriéntelo, porque no tiene caso que le dé todo si no se prepara para el futuro, los muchachos no tendrán que comer algo en el descanso pero ahí los vera como zombies en el patio, celular en mano buscando el wifi de la dirección para bajar juegos, canciones o videos (Pérez, 2015:18).

Lo que observamos es una condición de frustración que se convierte en un motor de la violencia, en tanto que la falta de satisfactores produce cólera y por lo tanto violencia; en la medida que la insatisfacción aparece debido a que las expectativas consideradas como legítimas no se satisfacen como resultado de la diferencia entre las aspiraciones y el cumplimiento de éstas, como efecto de la discriminación económica. En estos casos se produce la máxima violencia cuando se generaliza el fenómeno de la frustración alimentada por una sociedad de placer consumista, al que no tienen acceso las poblaciones más precarias (Crettiez, 2009:44-47).

En algunos casos se trata de jóvenes que tienen alguna claridad de los causes socialmente aceptados por lo que pueden buscar ciertas reivindicaciones sociales, aun cuando el panorama se vislumbre desalentador; en otros, que por desgracia son la mayoría, se trata de jóvenes que se dejan llevar por la dinámica de la convivencia mecánica, sin plantearse mayores objetivos que el de pertenecer a un entorno que les permita reforzar identidades y vínculos afectivos; es decir, se reúnen como resultado de la necesidad de habitar un territorio que establecen como demarcación identitaria y cimentación de la vida grupal. Esto no quiere decir que no existan jóvenes vinculados con robos o con un pasado emparentado a agrupaciones delictivas. Sin embargo, no se parecen a una organización que hace uso sistemático de la violencia como una forma de vida y sos-

tenimiento del grupo. En este tipo de organizaciones, algunos jóvenes utilizan la violencia para resolver sus demarcaciones y sus conflictos sociales, pero no de manera sistemática (Soriano, 2008). Por el contrario, las agrupaciones criminales organizadas están formadas por jóvenes que encontraron en la violencia la posibilidad de ejercer poder en razón del grado de temor y sometimiento que provocan; este tipo de organizaciones juveniles representan un problema político local e internacional, pues desafían sistemáticamente al poder del Estado.

De la violencia estructural a la violencia física

Las propias autoridades reconocen las altas tasas de desocupación, desempleo, trabajo precario, creciente consumo de drogas y deserción escolar como factores generadores de nuevas dinámicas de comportamiento y organización de los jóvenes. Resulta común observar que cuando las juventudes se enfrentan a la crisis de la adolescencia, gran parte de ellos debe lidiar, al mismo tiempo, con una familia desestructurada, rota y vacía, que los aísla y los sumerge en una soledad que se agrava por el fracaso escolar y el rechazo de algunos sectores de la sociedad: por su forma de vestir, su color de piel, sus hábitos culturales y sus relaciones sociales. A esto tendríamos que agregar el vacío de las instituciones encargadas de la socialización, por ejemplo, en el caso de la escuela, los muchachos están hartos de recibir órdenes a las que no les hallan sentido, con autoridades que no cuentan con un liderazgo efectivo y maestros que les delegan autoridad como resultado de una devastación del sujeto. Por ejemplo, en la escuela donde asiste el “Sugus”, el maestro de inglés no habla bien el español; el de física, por las tardes es taxista y de las leyes de Newton no pasa nunca; el de matemáticas, medio les explica y les atiborra de ejercicios que los jóvenes no vinculan con la vida diaria (Pérez, 2015:18).

En este contexto, no es difícil entender la creciente participación de muchos jóvenes en delitos violentos, sobre todo en la última década, lo que provoca una llamada de atención de muchos sectores de la sociedad respecto a la conducta, en general, de estos jóvenes. Las respuestas más inmediatas no sólo han sido las de ser víctimas de sus actos; también la opinión pública muestra una gran sensibilidad social por la participación creciente de niños y jóvenes en actos de extrema violencia.

En medio de la violencia juvenil surge de manera implícita un reclamo por el derecho negado a un futuro. Si bien la delincuencia y el crimen nunca pueden ser justificados, es posible comprender cómo se da el tránsito entre ser víctima y ser victimario. Muchos jóvenes que viven violencia familiar, exclusión y falta de oportunidades escolares y laborales, han aprendido que la agresión y la violencia forman parte de un patrón de socialización. Aunado a esto, se enfrentan a una imagen distorsionada de la vida cotidiana, impuesta por los medios de comunicación que tiende a reiterarse y que no corresponde con la cotidianidad de muchos jóvenes que buscan realizarse en el relato de una imagen deteriorada de la juventud. Por si fuera poco, muchos han construido una idea de justicia plagada de ambigüedades y contradicciones que ilustran su contexto y se expresan como un *continuum* intergeneracional, en el cual se desdibuja su identidad de trabajadores y estudiantes, como ciudadanos, al pasar de trabajadores pobres a desocupados, de estudiantes a “chalan”, y de ciudadanos a excluidos. Se entiende, entonces, porqué viven con un gran resentimiento social. Nunca han podido tener como referente una figura de autoridad, su único ejemplo es su individualismo exacerbado y, frente a la posibilidad de tener mucho dinero de manera momentánea, aparece la creencia de que se alejan de la pobreza.

Esta condición crea un choque contradictorio con los valores de la sociedad de mercado, que induce a los jóvenes a la militancia de ciertos valores sostenidos por una moral social; que, por un lado, les exige respeto a la ley y, por el otro, muestra una desorganización que los hace partícipes de una frustración al no poder realizarse en la imagen impuesta del “deber ser” —o “deber tener”— de un joven.

En la búsqueda por lograr alinearse a la imagen impuesta de la juventud, muchos refuerzan el crecimiento de una economía informal, tanto legal como ilegal, caracterizada por condiciones de precariedad, como el ambulante, el narcomenudeo, la venta de armas, el desmantelamiento de vehículos y otras actividades ilegales que constituyen formas alternativas de vida frente a la falta de un empleo bien remunerado; son estrategias de supervivencia toleradas por las propias autoridades locales, en tanto contribuyen a la manutención de la corrupción, la cual a su vez colabora a la creación de un imaginario específico para los jóvenes marginados que se ven identificados por su vestimenta, sus hábitos y su condición social y económica.

En el juego de la supervivencia, este cambio de reglas significa, en algunos casos, asumir nuevos roles en la transferencia del ejercicio de un poder practicado por grupo delictivos, que revaloriza y fortalece la frágil identidad de los jóvenes. De este modo se expresa la condición operativa de abyección y la condición del ser abyecto. La primera consiste en el acto de expulsión y separación del sujeto por parte de la sociedad, el lugar donde se construye subjetivamente la condición del racismo, la homofobia, la exclusión social y la desigualdad; de ahí que, tan pronto como algo sale del espacio orgánico que conforma la estructura de lo social, se vuelve sucio y repugnante, ajeno e indeseable, al representar una cosa que no encaja con la organicidad de la estructura social.

La segunda, referida al acto de ser abyecto, implica de manera específica el “ser repulsivo” y corrosivo para la sociedad. Esta condición le permite al joven la posibilidad de abandonarse al goce efímero de su cuerpo y expresar nuevas formas de subjetividad, de ahí las extravagantes formas de vestir de algunos de ellos, así como sus peinados, sus excesivas expresiones de poder y sus lujos banales —las cuales se muestran como prácticas transgresoras, que cruzan los límites de la prohibición—, sus preferencias sexuales y sus adicciones (Kristeva, 1988).

Aquí aparece la explicación del grupo como una determinación estructural que causa exclusión social, o bien como el resultado de una elección de vida. Sin embargo, considero que cualquiera que sea la interpretación, lo que está de fondo es la búsqueda de justicia por parte de estos jóvenes que terminan siendo excluidos de un mundo social en el que no encuentran expectativas ni esperanza.

Vivimos en una sociedad, que en tanto un agregado de sujetos, se establecen relaciones que se medían por la intervención de un Estado que, en principio, busca el bien común mediante la defensa de los derechos fundamentales de las personas y, al mismo tiempo, nos impone un orden económico, político y social que con múltiples contradicciones busca preservar el contrato social. El resultado de lo anterior es una idea que da cuenta del sentido de una sociedad sometida a un proceso acelerado de desarticulación que apenas es posible entender sin el concepto de responsabilidad y respeto al otro. Además, debemos subrayar que con esto lo único que se logra es pasar de una concepción estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, en donde surgen nuevos problemas de organización social que producen, entre otras cosas, un borramiento de lo

comunitario y una clausura de las tradiciones, y que somete a las personas a experimentar nuevas formas de convivencia, las cuales paradójicamente producen una deformación de la imagen de lo humano. Esta idea nos explica porqué hoy, a diferencia de otros tiempos, nuestras sociedades contemporáneas, más que caracterizarse por la búsqueda del bien común, lo hacen por el fenómeno universal de la desigualdad.

Por ejemplo, los jóvenes en México están marcados por una condición a partir de la cual las interconexiones globales acentúan su desigualdad, lo que no sólo obstaculiza su desarrollo, también su identidad y su relación con los mercados culturales locales y globales. De esta manera, la juventud no puede ser categorizada de igual forma dentro del territorio mexicano; cada región, estado, municipio o delegación se enmarca en un contexto único, desde el cual cada joven o grupo de jóvenes adopta identidades variadas de acuerdo con sus intereses y necesidades personales, camuflándose de las exigencias de las sociedades modernas y con las limitantes de los contextos laborales, educativos, culturales y recreativos.

De acuerdo con datos del *Censo de población y vivienda 2010*, del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), la mitad de la población mexicana tiene 26 años o menos, lo que implica que del 2000 al 2010, la población joven aumentó 2.5 millones, con un crecimiento promedio anual de 0.85%. Nos referimos al denominado “Bono demográfico”, en el entendido que entre mayor sea la población económicamente activa (PEA), mayor será la producción nacional, lo cual no necesariamente obedece a la realidad que viven miles de estos jóvenes.

Nuestro país es de jóvenes, el promedio de edad es de 26.4, y las entidades de la República que superan este promedio respecto al total de su población son Quintana Roo, Querétaro, Chiapas, Campeche, Tabasco, Yucatán, Baja California Sur, Tlaxcala, Guanajuato y Aguascalientes. Las entidades que están por debajo del promedio son la Ciudad de México, Tamaulipas, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Veracruz, Sonora, Oaxaca, Zacatecas e Hidalgo. Como puede observarse, 10 de las 32 entidades están por encima del promedio de población joven en sus respectivos territorios.

Esta condición implica una obligación por parte del Estado para garantizar los derechos de la población y, particularmente, orientarlos al diseño de políticas públicas de atención a los jóvenes y promoción de sus derechos y obligaciones. Sin embargo, los jóvenes han sido los principales

afectados, como lo confirma la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que subraya “que el mundo actual enfrenta una crisis del empleo cada vez más grave, donde los jóvenes tienen tres veces mayores probabilidades de estar desempleados que un adulto”.²

La *Encuesta nacional de deserción en la educación media superior* (2012) señala que los avances han sido importantes, pero no suficientes en la medida que hemos alcanzado 70% de cobertura del sistema educativo, es decir, 23.5% más que en el 2000.³ No obstante, México mantiene bajos niveles de eficiencia terminal, lo que implica que el número de alumnos que concluyen el ciclo de educación media superior, respecto del número que ingresaron, es menor. En este sentido, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), coloca a México con 52% de eficiencia terminal, mientras que el promedio para los Estados miembros de esta organización es del 70%. Otro indicador de los niveles de formación, se refiere a la tasa de eficiencia terminal, el cual es calificado por la OCDE por debajo de los países miembros, en tanto que para esta comunidad, el promedio general es de 75%, y para nuestro país, apenas se tiene una tasa de eficiencia terminal del 45% (Fuentes, 2013).

En este sentido, los estados donde los jóvenes de 12 a 29 años no asisten a la escuela son Quintana Roo, con 62.5%; Michoacán, con 62.5%; Guanajuato y Chiapas con 62%. Los estados que presentan menor porcentaje son la Ciudad de México, con 51.8%; Sinaloa, con 53.6% y Sonora, con 54.7%. Estos datos son notables en la medida que muestran el alto porcentaje de jóvenes que no asisten a la escuela.

Esta condición no es fortuita ya que la falta de asistencia a las instituciones educativas por parte de los jóvenes obedece, en buena medida, a la limitada oferta educativa, principalmente en el nivel medio superior y superior. En este sentido, las entidades que ofertan menos servicios educativos son Chiapas, la cual es una de las entidades con mayor porcentaje de jóvenes de entre 12 y 29 años que no asisten a la escuela, y paradójica-

2. Portal oficial de la página de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Temas: empleo juvenil [<http://www.ilo.org/global/topics/youth-employment/lang-es/index.htm>].

3. Secretaría de Educación Pública, *Encuesta nacional de deserción en la educación media superior*, México, 2012 [<http://www.siguele.sems.gob.mx/siguele/encuesta.php>], fecha de consulta: 5 de marzo de 2015.

mente, es al mismo tiempo el estado con más escuelas por cada 100 mil habitantes, es decir 400, seguido por Zacatecas, con 353, y Durango, con 350. Mientras que las entidades que registran menos escuelas por cada 100 mil habitantes son la Ciudad de México, con 115; Baja California, con 136, y el Estado de México, con 143.

En México, de acuerdo con los últimos datos de la *Encuesta nacional de ocupación y empleo* (ENOE), más de la mitad de los desempleados actuales tiene entre 14 y 29 años, particularmente en el grupo de los 20 a 24 años, además se indica que para el cuarto trimestre de 2012, la población desocupada era de 2 489 455, de la cual 1 308 236 son jóvenes entre 14 y 29 años, es decir, 52.5% (Inegi, 2012).

Estas desigualdades no son sólo cuantitativas, por desgracia, cada vez son más de orden cualitativo, además cada sociedad las utiliza para legitimarse ante sus propios miembros respecto a los nuevos modos de vida que produce la industrialización y la tecnificación del quehacer cotidiano, los cuales son planteados como una extensión del poder en el futuro. Sin embargo, éste no se vislumbra alentador, pues nuestro país se caracteriza por ser una sociedad mayoritariamente de pobres. De acuerdo con cifras del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), poco más de 50% de los ciudadanos mexicanos viven en pobreza.

En referencia a la condición de salud, debe subrayarse el constante aumento en el consumo de drogas, el cual, de acuerdo con cifras de la *Encuesta nacional de adicciones*, pasó de 2.5% en 2008 a 3% en 2011 (Conadic, 2011). También el alcoholismo se presenta como un factor que afecta la condición de salud de los jóvenes, por ejemplo, en 2002 la Comisión Nacional Contra las Adicciones (Conadic) reportó que en más de 50% de las muertes por homicidio, las víctimas se encontraban intoxicadas con alcohol etílico.

Estas condiciones de vulnerabilidad son producidas por las profundas desigualdades, y se acentúan por la transformación de la familia, la cual ha cambiado a partir de las modificaciones sociales, lo que provoca que sus funciones básicas se vean trastocadas y los jóvenes sean los principales receptores de la alteración estructural de esta institución. Los cambios se deben tanto a la necesidad de ambos padres de incorporarse al mercado de trabajo, y a las condiciones laborales que se definen en jornadas de más de 8 horas, salarios insuficientes y falta de flexibilidad en la contratación. Esta situación no sólo provoca el abandono de los hijos, también

exacerba las carencias alimentarias, la pobreza, la desintegración familiar y la exclusión social.

Como puede observarse, la crisis de acceso a derechos básicos no sólo es resultado de la falta de un mayor despliegue de políticas sociales, tampoco se resuelve con la generación de una sociedad más tecnificada, por el contrario, el poder y el descubrimiento de nuevas tecnologías en las que muchos Estados se apoyan, no sólo acentúan las desigualdades económicas, también hacen dudoso su valor para el beneficio de los pobladores, justo porque cuando el hombre apostó al desarrollo científico y tecnológico como el único camino para obtener seguridad y para desprenderse de aquellos miedos ancestrales –que se suponía fueron superados con el desarrollo de las sociedades modernas–, hoy irónicamente están presentes. Los esfuerzos individuales y colectivos se difuminan y la promesa de progreso se ve incumplida.

Entre la desigualdad, la indiferencia social y la corrupción

Conocer y comprender el mundo social que hoy vivimos nos permite advertir cuáles son sus esperanzas y sus aspiraciones, así como estar conscientes del sesgo dramático que lo caracteriza como un *continuum* de desigualdades distintas. Particularmente quiero poner atención en las que considero las dos más importantes que tienen lugar entre nosotros.

La primera se sitúa en el campo de una nueva historia para los pobladores de este mundo contemporáneo, el cual se caracteriza por constantes y acelerados cambios que progresivamente reajustan el sentido de lo humano y, en ocasiones, insultan la inteligencia y el dinamismo creador que nos identifican como tales. Es una nueva historia en los modos de pensar que muestran una metamorfosis social y cultural, es pues una crisis del desarrollo humano basada en una extraordinaria ampliación del poder que está al servicio de un exacerbado egoísmo, el cual ha logrado someter paulatinamente las leyes de la vida social como nunca antes, gracias a la concentración y disposición de riquezas económicas: hoy el abismo entre quienes más tienen y los que menos tienen es mayor; a pesar de las nuevas formas de producción de alimentos, existe mucha gente muriendo de hambre en el mundo.

En los últimos 50 años el hombre ha logrado un desarrollo tecnológico inimaginable, primero inició la conquista del espacio, al llegar a la luna. Después descubrió las bondades de la medicina nuclear, el microchip, el fax, las computadoras portátiles, la telefonía, la internet y la nanotecnología. Sin embargo, uno de los grandes problemas de la humanidad no ha podido ser resuelto: el hambre. Tal parece que el hombre no tiene un sentido tan agudo para entender la importancia de lo humano y el valor de la libertad; ni qué decir del valor de la solidaridad. Por el contrario, hoy los hombres, a diferencia de nuestros ancestros, viven más divididos que nunca por la presencia de fuerzas opuestas que los llevan a escenificar tensiones políticas, sociales, económicas, ideológicas, raciales y culturales. No se necesitan guerras para destruirse, basta con echar un vistazo a las estadísticas de mortalidad para comprender que la destrucción inicia con uno mismo.

Vivimos una nueva historia del desarrollo de la sociedad, donde las paradojas son los componentes claves de su explicación, por ejemplo, mientras el mundo experimenta la urgencia de vivir su libertad de elección, el mercantilismo celebra la imposición de sus ideas como grandes dogmas fundamentales que dan sentido a la vida de los sujetos. Por eso, contradictoriamente, hoy en día vivimos en un mundo plagado de redes y opciones para establecer diversas formas de comunicación y, al mismo tiempo, la inmediatez y multiplicidad de la comunicación nos ha hecho perder sensibilidad entre nosotros: no nos comunicamos cara a cara, toda comunicación está mediada tecnológicamente.

Nuestro presente está guiado por una sociedad de consumo que perverte el futuro e impone un nuevo ritmo en el tiempo, una sociedad que nos hace indiferentes al deterioro que produce un falso paradigma de progreso humano, el cual, con su efecto egoísta, ha logrado amputarnos la conciencia al conducirnos a la búsqueda de falsas respuestas. Estamos atraídos por esa economía mercantilista que nos hace fingir que vivimos plenamente una modernidad universal al crear la imagen de un desarrollo local que muestra la diferencia de nuestra cultura frente a las demás, sin advertir que la imagen real que mostramos es la de un vacío. Este espíritu egoísta ha modificado intensamente nuestro ambiente cultural y las formas de pensar, aunque muchos de nosotros pertenecemos al amplio estrato de aquellos que están excluidos de un trabajo digno y bien remun-

nerado. Bien porque no existe la oportunidad para muchos o porque el trabajo que tenemos no nos posibilita vivir con dignidad.

Todo debido a una casta de burócratas sinvergüenzas que representan un lastre para muchos ciudadanos, me refiero a cientos de funcionarios públicos, diputados y senadores que se “vuelven” millonarios con recursos del erario. Son funcionarios que exigen a los trabajadores que sean honestos, comprometidos y patriotas con su pueblo, cuando ellos, en momentos críticos, por ejemplo, se pasean en las Vegas; otros mandan a sus hijos a estudiar a universidades privadas, otros más se atienden en hospitales privados fuera de nuestro país; mientras que miles de trabajadores que generamos riqueza, cuando nos enfermamos, tenemos que hacer largas filas a tempranas horas con objeto de obtener una cita médica para recibir atención dentro de uno o tres meses —si es que nos va bien—, en hospitales públicos.

Dicho de otra manera, parece bastante cierto que las sociedades desarrolladas no pueden dar trabajo aceptable a todos sus miembros: la contradicción fundamental es que todos necesitan trabajar para vivir, pero parece que la sociedad actual no necesita del trabajo de todos para crecer. Con esta idea quiero referirme a aquellos funcionarios que no necesariamente están en el sitio justo y cuyo poder egoísta es tomado como una práctica de gobierno corporativo que se materializa en una relación de agencias de colocación partidista, que impone sus intereses particulares a los del conjunto de la sociedad.

La gran paradoja de esta práctica es que en general es legitimada socialmente. Frente a la incapacidad evidente para el desempeño adecuado de sus funciones, para muchos, sus discursos y sus actos se vuelven una suerte de palabra pastoral que describe valores socialmente difusos en pro de la defensa de lo injusto, lo cual permite a estos “gestores públicos” obtener recursos incalculables. Lo contradictorio del comportamiento de estos hombres es que dicha práctica se asimila como principio legítimo de enseñanza en el que no importa cómo alcanzar los fines, lo importante es lograrlo. En esta práctica lo que se muestra no es el éxito individual sino la habilidad para integrarse y formar parte de una organización política o social. Es pues una circularidad argumentativa carente de valor y sentido social que justifica cualquier tipo de desigualdad.

Esta casta de nuevos ricos es resultado de los intersticios de la globalización, que no sólo oculta su naturaleza depredadora, además nos mues-

tra sus contradicciones de segundo orden, las cuales son tan llamativas como deliberadamente ocultas en la medida en que han logrado transmitirse durante varias generaciones. En consecuencia, las sociedades contemporáneas se constituyen como sistemas económicos depredadores del futuro de miles de sujetos, y quienes logran vivir razonablemente bien en él, lo hacen a costa de la exclusión de las generaciones más jóvenes.

Este sistema económico está organizado para sostener las desigualdades mediante la imposición de políticas públicas cuyo costo está diferido a futuro. De tal manera que muchas generaciones de jóvenes nunca vivirán como las que les precedieron, pero financiarán la prosperidad de éstas mediante el uso de utopías críticas sobre el sistema económico y político en general. Desde esta perspectiva, el futuro no es halagüeño, no se advierten salidas sociales viables para romper este círculo perverso de la desigualdad, y recuperar el valor del trabajo para alejarnos del sentido de supervivencia.

No es fácil vislumbrar la salida para recuperar el sentido de comunidad y que la estructura organizacional de la sociedad contemporánea pueda garantizarnos una vida digna. La apuesta no es mediante la violencia revolucionaria puesto que no es deseable un cambio radical a costa del derramamiento de sangre; lo que se necesita es un cambio en la práctica de la interpretación de lo humano, a partir de recuperar la importancia de la convivencia del hombre con su medio, se requiere, una sacudida de conciencia que nos obligue a ver al otro con respeto, valor y fraternidad, sin egoísmos ni avaricia.

La segunda gran desigualdad a la que me referiré es la que experimenta el hombre en tanto género y que le ha provocado importantes cambios que dificultan su entendimiento al actuar frente a otros seres humanos. Son transformaciones que se vuelcan como un alud de emociones contrapuestas que lo han llevado a romper sus vínculos sociales y a desestructurar la cadena de diálogo y de confianza frente al otro.

El resultado de la desigualdad entre los sujetos es la de-significación del otro derivada del miedo, la inseguridad y la desconfianza cuyo vehículo es la incertidumbre. Esta desigualdad es demoledora para la humanidad, pues nos anestesia moralmente. En la actualidad, los seres humanos estamos abandonados, humillados y sin esperanzas a mediano plazo; millones de mexicanos vivimos preocupados por el presente y el futuro, lo cual nos hace sentir amenazados por el otro. Esa condición nos hace insensibles frente al

dolor de los demás, es un acto de falsedad pretender escenificar la ayuda al otro al redondear el pago de las compras o depositar para el Teletón, sin advertir que estos actos son ambiguos, son una mezcla de ficción y realidad que aleja de la sensatez de lo humano cuando se reduce al otro a una cosa. Quiero traer a la memoria algunos terribles acontecimientos, y con estos ejemplos exhortar a que todos juntos nos embarquemos en un auténtico viaje de reflexión que nos lleve a pensar en lo que hoy hemos llegado a ser.

Primero, valdría la pena preguntarnos por qué actualmente la mayoría de los seres humanos somos indiferentes frente a la necesidad y el dolor de los otros, ¿será que nuestro poder egoísta es más visionario que nuestra solidaridad de género? Algunos, por fortuna, aún sentimos coraje y rabia cuando contemplamos lo repugnante de actos que rebasan cualquier umbral de tolerancia.

Ya he mencionado en líneas anteriores que la indiferencia y el abandono son algunas de las formas que nos caracterizan en la sociedad contemporánea como humanos, es una práctica implícita descrita en muchos acontecimientos. Por ejemplo, tendríamos que preguntarnos, ¿qué pasa por la mente de aquel sujeto que por el afán de obtener recursos de manera ilícita, secuestra, roba o tortura a otra persona, o de aquellos que simplemente describen sus actos como un trabajo? Recuerden el caso del célebre niño sicario, “El Ponchis”; o qué decir de Daniel Arizmendi, el desagradablemente apodado “El mochaorejas”; o lo que se supo por los medios de comunicación en relación con la detención de una banda de 18 secuestradores, de los cuales trece eran policías federales en activo; ni qué decir de los infames actos de las fosas clandestinas descubiertas en Tamaulipas.

También tenemos el triste caso ocurrido a Irma López Aurelio, difundido por las redes sociales y los medios de comunicación, aquella mujer indígena originaria de San Felipe Jalapa, en Oaxaca, que dio a luz a un niño en el césped de un centro de salud, cuando por “falta de personal” se le negó la asistencia médica.⁴

O recordemos a Manuel, el niño tzotzil oriundo de los Altos de Chiapas, quien se fue a trabajar a las calles de la capital tabasqueña como ven-

4. [<http://eleconomista.com.mx/sociedad/2013/10/04/niegan-atencion-embarazada-paro-laboral>].

dedor de dulces y que fue humillado por el inspector municipal Juan Diego López, al tirarle su mercancía al suelo,⁵ o qué decir del caso de Aarón Pino, originario de Tecate, Baja California, que se tomó una fotografía mostrando a un perro con un puro en el hocico, después de haberlo clavado a una cruz de madera.⁶

La evocación de las imágenes de los acontecimientos narrados es más evidente que cualquier análisis de los hechos. Mostrar el carácter sorprendentemente escandaloso del valor que le damos a la vida, sin duda nos somete a un principio de degradación y dispersión de la más mínima consideración a otro ser. Observen cómo la expresión de estos hechos nos muestra los permanentes desórdenes y antagonismos que alimentan nuestra cotidianidad.

En todos los casos, lo que está detrás de cada acto es el funcionamiento de una sociedad que construye sujetos egoístas, individualistas y ególatras, cuyo pensamiento es que la regla máxima es el beneficio personal más que el colectivo, y que la idea de las generaciones ancestrales respecto de la importancia de la colectividad como un principio fundador de lo humano, quedó sepultada bajo múltiples máscaras de la metáfora del progreso.

Así, el desarrollo que ha logrado el ser humano mediante las diferentes variaciones ideológicas, introduce la imagen de un hombre libre, autónomo e individualista que rechaza la idea de la muerte y se acoge a los mitos de la perfección y la inmortalidad mediante el consumo de cientos de productos que hacen creer que nos alejamos del arcaísmo humano; sin embargo, este individualismo emancipador que moldea las acciones del sujeto, tiene la virtud de doblegarnos y hacernos anónimos frente a las masas, al lograr que todas nuestras acciones públicas sean actos contenidos por una soledad interior y absoluta que carcome cualquier relación interpersonal y borra todo vínculo familiar, de amistad o de generosidad.

Observemos detenidamente y no perdamos de vista que el desarrollo de la sociedad moderna se ha confabulado con nuestra realidad al dirigir

5. [<http://www.eluniversal.com.mx/estados/2013/funcionario-humilla-a-ninio-938259.html>].

6. [<http://www.eluniversal.com.mx/estados/2013/sube-a-facebook-foto-de-perro-crucificado-943916.html>].

todas sus acciones a la satisfacción de intereses personales, que paradójicamente motivan a querer a sí mismo, en un mundo social donde lo que se busca es que todos seamos idénticos y, que en el efecto de masa, perdamos la voluntad y el sentido de una realidad particular que inhibe la moralidad y promueve los excesos mediante el poder de la impersonalidad. Es así como esta segunda gran diferencia descansa sobre el principio de una separación entre el sujeto individual y el sujeto colectivo, donde triunfa la violencia, la banalización y la degradación, todos estos culpables de conspirar contra la cohesión social.

A manera de corolario

En este sentido, el problema de los jóvenes, como lo hemos contextualizado, se inserta dentro de una problemática más amplia: la defectuosa integración social, síntoma manifiesto que viven miles de jóvenes en los barrios, las colonias y las unidades habitacionales de nuestras ciudades, y que en las últimas décadas, particularmente los jóvenes de este país, viven en un abandono total como efecto de las condiciones políticas, económicas y sociales. Muchos de nuestros jóvenes no ven el futuro con esperanza, ni un camino que les conduzca a creer que podrán tener la posibilidad de resolver los satisfactores básicos; son jóvenes para los que el futuro se clausuró y el camino inmediato es el hiperconsumo, la mediatez de la vida y el camino fácil para obtener lo que el mercado de consumo les impone.

Millones de jóvenes en nuestro país, en América Latina y en el mundo entero, han optado por dos caminos fáciles para escapar de esta esquizofrenia social que les negó el futuro; uno es el de la ilegalidad como única forma de subsistencia; esta salida ha contribuido a la estigmatización y a la construcción de un nuevo enemigo público: el joven delincuente. La otra salida es la adicción, hoy muchos jóvenes no sólo son adictos a la marihuana, la cocaína, las drogas sintéticas, también lo son al consumo, a la tecnología. Aquellos que son “afortunados” en adquirirla son jóvenes que se aíslan y sus nuevos lazos de socialización los establecen mediante el uso de las tecnologías, son jóvenes que no conciben el mundo sin internet, series televisivas, la moda y el último modelo de teléfono inteligente.

En realidad todos estos jóvenes viven una condición de abandono, pobreza y hastío que les impide creer en las instituciones, porque éstas

se encuentran devastadas; son jóvenes que no les interesa aprender, no quieren tener una familia, no buscan un trabajo estable, no les interesa su sexualidad, no piensan en una casa ni en hijos ni en su salud, porque su futuro está oscuro, son jóvenes que nacieron viejos y devastados en una sociedad que está hundida en el egoísmo y en la avaricia de unos cuantos, que gobiernan para sí mismos y para su grupo de pertenencia, son jóvenes que no sólo viven una pobreza material, sino de esperanza.

Son los síntomas de una grave polarización de la vida social, marcada no sólo por lo económico, también por el temor a la inseguridad y a la violencia que, como fenómeno real reflejado estadísticamente, implica a todos los sectores. El miedo que sienten los grupos de clase media y alta por estar expuestos a una mayor amenaza, tanto en contra de su integridad como de sus propiedades, ha generalizado un imaginario colectivo respecto de las pandillas que parece no ajustarse plenamente a la realidad de muchos jóvenes en los barrios; son ellos quienes forman parte de los sectores más desprotegidos por las condiciones extremadamente acentuadas de exclusión y segregación social en las que viven.

Sin embargo, a pesar del escenario descrito, es plausible pensar que el día de mañana puede ser mejor, y que somos capaces de crear otras narrativas con escenarios menos desiguales. Sólo basta emplear una gran cantidad de tiempo imaginando condiciones y procesos que mejoren la vida humana. Claro que es una ficción pretender sociedades ideales en las que todo es posible, no obstante, en tanto nos ponemos de acuerdo para mejorar nuestro mundo, debemos hacer conciencia de que en este vasto espacio de relaciones sociales, la desigualdad sólo podrá encontrar límites en la experiencia de la práctica individual.

Referencias

Adorno, Sergio (2002). “Exclusão socioeconômica e violêcia urbana”, *Sociologias*, núm. 8, año 4, julio-diciembre. Porto Alegre, Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Alvarado Mendoza, Arturo (2012). *El tamaño del infierno: un estudio sobre la criminalidad en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México*, México: El Colegio de México.

Conadic (2012). *Encuesta nacional de adicciones 2011*. México: Gobierno Federal [http://www.conadic.salud.gob.mx/pdfs/ENA_2011_DROGAS_ILICITAS_.pdf].

- Crettiez Xavier (2009). *Las formas de la violencia*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- El Economista* [<http://eleconomista.com.mx/sociedad/2013/10/04/niegan-atencion-embarazada-paro-laboral>].
- El Universal* [<http://www.eluniversal.com.mx/estados/2013/funcionario-humilla-a-ninio-938259.html>].
- [<http://www.eluniversal.com.mx/estados/2013/sube-a-facebook-foto-de-perro-crucificado-943916.html>].
- Fuentes, Mario Luis (2013), “El drama de la deserción escolar en México”, *Excelsior*, México, 26 de febrero [<http://www.excelsior.com.mx/2013/02/26/886153>], fecha de consulta: 2 de marzo de 2015.
- Inegi (2012). *Encuesta nacional de ocupación y empleo 2012* [<http://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/consulta.asp?p=27608&c=27221&s=est&cl=4#>], fecha de consulta: 9 de marzo de 2014.
- Kristeva, Julia (1988). *Poderes de la perversión XXI*. México: Siglo XXI Editores.
- OIT (s/f). *Temas-empleo juvenil* [<http://www.ilo.org/global/topics/youth-employment/lang-es/index.htm>].
- Palacios Valencia, María Cristina (2011). “La delincuencia juvenil: un reto para descifrar una metáfora relacional”, *Eleuthera*, vol. 5, enero-diciembre, México.
- Pegoraro, Juan S. (2002). “Notes on youth bearing juvenile violence within post-industrial societies”, *Sociologias*, núm. 8, año 4. Porto Alegre, Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Pérez Cruz, Emiliano (2015). “La vida se encargará de reprobarlos”, Crónica. Sección Ciudad y Estados, 21 de marzo, *Diario Milenio*, México.
- Soriano Gatica, Juan Pablo (2008). “Adaptación social de las pandillas juveniles latinoamericanas en España”, *CIDOB d'AFERS Internacional*, núm. 81. España.